

vado de una meditación cívica doblada de meditación política, la cual —a su vez— doblada de reflexión ética, la cual —a su vez— elevada o descendida al oscuro reino del pensamiento puro y duro. Desde luego, la cosa resulta lógica, tengo para mí que en Rafael Ballesteros el poeta y el político no son compartimentos estancos sino que conviven más o menos dialécticamente. Algo así como que su cerebro de político le abre las alas a su sensibilidad de poeta —la ahonda— y que su cerebro de poeta le abre las alas a su perspicacia de político. O dicho de otro modo, no se trata de un político metido a poeta ni, mucho menos, de un poeta metido a político. Tengo la impresión de que se trata de un político nato y de un poeta nato. Lo cual muy bien puede poner los pelos de punta en el dulce ámbito de los críticos literarios y los poetas sentimentales. Desde luego, no es cosa muy usual esto de un político nato y poeta nato en una misma persona. Pero a lo largo de la historia es cosa que ha sucedido bastantes veces. Séneca, Lucano, Dante, Goethe y un largo etcétera. En general, la cosa romántica de un poeta sólo y exclusivamente poeta suele dar poetas pintorescos, o mediocres en el mejor de los casos. Desde luego, en el caso de la meditación poesía de ideas —la de Rafael Ballesteros lo es, por más que arropada de parábolas e imágenes— hay cosas que los poetas del sentimiento no pueden penetrar hasta el fondo y trasfondo, y si un político en activo penetrarlas puede con mucho fundamento y mucho conocimiento de causa. Desde luego, a lo que parece, y salvo verificación en contrario, Rafael Ballesteros no es precisamente un poeta de sentimientos sino que un cerebro muy bien puesto y

equilibrado. Me parece que, a juzgar por sus muy cerebrales arquitecturas poéticas, siempre ha tenido bien claro que con meramente bellos sentimientos —o con meramente buenos y nobles sentimentalismos— no se puede hacer ni buena política ni buena poesía.

**EL  
TESTIMONIO  
DE UN  
ESCRITOR:  
ARTURO BAREA**

Jesús Menéndez  
y Benicia Reyes

El libro publicado en España por Gabriel Jackson, *España, entre la reforma y la revolución. 1931-1939*<sup>1</sup>, que recoge amplia documentación de la época, nos obliga a hacer algunas aclaraciones en lo que respecta al capítulo que entresaca de las memorias de Arturo Barea, cuya vida y obra estudiamos.

Los tres libros que componen *La forja de un rebelde* son de desigual factura y ninguno se sujeta fácilmente a una etiquetación genérica. A caballo entre la novela, la autobiografía y el libro de memorias, la obra de Barea mezcla el testimonio vivo con la invención novelesca, aunque montada está casi siempre sobre una experiencia de lo real; siendo irregular, por otra parte, la proporción en que aparecen ambos ingredientes en cada una de las partes de la trilogía.

Uno de los episodios más novelados es precisamente el que aparece como documento en el libro de Jackson: el que se refiere al pueblo de Novés (capítulo III de *La LLama*). Los sucesos que tienen lugar en este pequeño pueblo toledano tienen una importancia capital en el libro porque a través de ellos Barea va a intentar explicar (y no olvidemos que escribe, en primer lugar, para un público extranjero) las terribles tensiones que vive el pueblo español, alineado ya en posturas irreconciliables y consumido por el odio de clases que vendrán a desembocar en el conflicto civil. El autor ha concentrado en Novés todas las plagas que tradicionalmente han pesado sobre las zonas rurales de España: pobreza, ignorancia y caciquismo; esta última como causa de las anteriores. Para lo cual ha tenido que someter la vida de Novés, más compleja y variada en la realidad, a una tarea de transformación y simplificación. El deslinde que Barea ha efectuado entre los habitantes del lugar obedece al viejo recurso narrativo de alinear a los malos frente a los buenos, oposición elemental que aquí se convierte en explotadores frente a explotados. Por otra parte, Novés constituye una etapa importante en la biografía del propio Barea (si seguimos el libro) porque allí se va a decidir su adhesión personal y comprometida, lograda no sin algunas vacilaciones, a la causa de los trabajadores.

Vamos a resumir, aunque sea brevemente, algunos capítulos (sucesos y personajes) para cotejarlos después con la realidad histórica del Novés de 1935.

En el verano de ese año Barea traslada a su familia de Madrid a Novés y se instalan

allí para pasar una larga temporada, aunque él solo visitará el pueblo los fines de semana; el tiempo restante atiende su trabajo en Madrid. Al llegar al pueblo contrata los servicios de una mujer para que ayude en las tareas domésticas, y el marido de ésta, que no tiene trabajo, se queda también para «echar una mano». A través de Mariano Barea va conociendo la situación socio-política de Novés, se entera que antes de la República sólo unos cuantos se habían atrevido a afiliarse con los socialistas o los anarquistas y que después, con la República, el número de ellos aumentó notablemente; pero a pesar de eso la vida en el pueblo no había cambiado porque Heliodoro, el cacique, seguía dominando al pueblo, incluidos alcalde y secretario. El hecho de que haya una militancia socialista y anarquista hace pensar a Barea en la existencia de ambos sindicatos, pero Mariano se encarga de desengañarlo: «No hay sindicato ni nada. Los mozos se reúnen en casa de Eliseo...».

Por la tarde, acompañado de nuevo por Mariano, visita el bar de Eliseo, el casino de los pobres, con su mesa de billar. Allí Barea se presenta como afiliado a UGT, causando con ello gran alegría entre los obreros de Novés.

A la noche siguiente se trasladada al casino de los ricos y describe a sus contertulios: Heliodoro, el cacique, que es propietario de la casa que ha alquilado; los médicos, don Anselmo y don Julián y, junto a otros personajes, José el dueño del café-casino. El cabo de la guardia civil advierte a Barea que no quiere allí señoritos comunistas.

Otro personaje, el tío Juan el molinero, le acompaña de

vuelta del casino y termina de pintarle la situación del pueblo, de cómo Heliodoro, aliado con los intermediarios madrileños, impide que los pequeños propietarios puedan vender sus productos directamente en la capital logrando así que todos dependan de él.

Hasta aquí el testimonio que recoge Jackson del libro de Arturo Barea. Pero creemos oportuno terminar de reseñar lo que Barea escribió sobre Novés en las siguientes páginas. En ellas completa la lista de las fuerzas vivas del pueblo: el alcalde Teodomiro, totalmente vendido a Heliodoro; el cura, don Lucas, partidariamente unido a los ricos, y el boticario don Alberto de Fonseca y Ontiveros, para quien la salvación del país sólo puede llegar de manos de «el Jefe» (Gil-Robles). El boticario, además, plantea un problema de litigio a propósito de una mina de bauxita que ha descubierto en sus tierras y que una firma alemana le pretende arrebatar; tema éste que no guarda relación alguna con el de Novés, pero sí con el del capítulo VI del mismo libro.

La estancia de Barea en Novés va a terminar después de las elecciones del 36 en las que, según él mismo jugó un papel decisivo. Veamos que nos narra: Eliseo y sus parroquianos, le piden que organice el comité electoral («aquella gente necesitaba alguien que no se dejara intimidar por el cabo de la guardia civil o a quien no se pudiera entrapillar en maniobras sucias, alguien que les salvara de cometer tonterías o ilegalidades, dando así una ocasión a los contrarios»). Barea se pone en contacto con sus amigos de Madrid, uno de ellos el socialista Carlos Rubiera, que le envían cuatro oradores, uno de izquierda republicana, un

socialista de la Federación de Trabajadores de la Tierra (FTT), un comunista y un anarquista. «Con la excepción del republicano, que era un hombre maduro, todos los otros eran jovencillos completamente desconocidos en política». Nos relata a continuación sus problemas para conseguir el salón de baile para el mitin y los intentos del alcalde Teodomiro para impedir su celebración. La argucia del viejo republicano logra salvar el acto electoral, y «el mitin de Novés se hizo famoso en la región, y en todos los pueblos de alrededor se celebraron mítines similares».

Hasta aquí lo que Barea inventó sobre Novés; decimos inventó, pues sobre un escaso fondo de verdad todo ha sido novelado.

Presenta Barea un Novés sin un movimiento obrero organizado, cuando la realidad era bien distinta. En el pueblo toledano ya existía en el año 1932 la Federación Nacional de Trabajadores de la Tierra de UGT, donde había hablado uno de sus máximos dirigentes: Fermín Blázquez. En la *Memoria* de la FTT de 1932 se señala que ha habido una huelga de cuatro días de duración, resultando atendidas las reivindicaciones: aumento de salario y disminución de jornada. El número de afiliados a esta central sindical eran de unos 500 aproximadamente. La incidencia cenetista era nula.

Si bien en el libro de Barea hay una gran mayoría de personajes reales y presentados con sus verdaderos nombres, en lo que respecta a esta parte no ocurre así. Tan sólo algunos como Eliseo, el del bar, corresponde exactamente en su descripción física (una úlcera en la nariz es un detalle

bien señalado), a quien en el pueblo conocían por el «billarista», por la mesa de billar que había en la taberna. También José, el dueño del café-casino de los ricos, corresponde a un habitante del pueblo fallecido hace pocos años. Asimismo, hemos de señalar que Eliseo debió estar poco comprometido en política cuando al terminar la guerra no se le exigieron responsabilidades.

El cacique Heliodoro no existió como tal, la familia más rica del pueblo no parece haber ejercido nunca poderes caciquiles, en cuanto el nombre de Heliodoro puede estar inspirado en un secretario de Ayuntamiento que ejerció en los años de guerra. El cabo de la guardia civil parece corresponder a la actuación que le asigna Barea, aunque esta identificación es fácil de hacer, pero en esos años era ya sargento y en la guerra ascendió a brigada. Murió en Zocodover al salir del Alcázar. El cura de Novés en esas fechas era don Juan, y no se le podía acusar de partidismo por un bando u otro; de hecho, nada le ocurrió en los momentos más duros del conflicto civil. El alcalde, Mariano Díaz, precisamente era socialista y en nada parecido al personaje de Barea. Tampoco los médicos don José Alfonso y don Lorenzo Bordoy, simpatizantes de la clase trabajadora hasta tal punto que el último fue desterrado a las Islas Canarias por el régimen de Franco, tienen mucho que ver con los que en el libro colaboran con el cacique imponiendo sus igualas.

Y siguiendo con la galería de personajes, el farmacéutico real, don Esteban San Miguel, hombre católico y probablemente conservador, difería también del estrambóti-

co personaje que aborda a Barea después de descender de su caballo para hablarle de la bauxita en sus tierras, de cuya propiedad una casa alemana le va a despojar enteramente. Ni don Esteban montó nunca a caballos, ni hubo nunca rastro de bauxita por esas tierras. Pensamos que a través de este personaje Barea plantea un tema no estudiado en profundidad y en el que volvió a insistir posteriormente. Se trata de ciertos proyectos que el gobierno alemán comenzó a gestionar acerca de la explotación del suelo minero español y que él, por su trabajo en patentes de una casa alemana, pudo llegar a conocer.

La visión que nos ofrece Barea al relatarnos el mitin de las elecciones de febrero puede hacernos pensar en un pueblo despolitizado, pero ya hemos visto el grado de participación sindical; pues bien, la participación política no era menos notable: sólo en las JJ.SS. había 163 afiliados. La preparación y celebración de mítines no era tampoco nada nuevo en Novés. A raíz de la crisis de Casas Viejas se organizó un mitin en el que habló Luis Rupilanchas, amigo de don Manuel Azaña y figura importante dentro del socialismo. Este acto sí que estuvo a punto de ser impedido por el Delegado gubernativo, Gumerindo Castaño, pero Rupilanchas consiguió su celebración, que tuvo lugar en el salón de baile de Segundo. Probablemente fueron las circunstancias de este acto las que Barea extrapoló al otro posterior que protagonizaba el Frente Popular. Este último no fue obstaculizado en absoluto. El entonces alcalde socialista, Mariano Díaz, debía lógicamente tener interés en su celebración. En el acto hablaron, entre otros, de nuevo Rupilanchas y Cartón por los

comunistas. Naturalmente no fue el único acto político celebrado con motivo de las elecciones: la derecha también celebró sus mítines. Y desde el balcón del Ayuntamiento habló Juan José Benayas, que se presentó como hombre de izquierdas y que fue Ministro de Agricultura con Lerroux.

La existencia de un Novés despolitizado era necesario para que Barea justificara su colaboración y protagonismo en las elecciones, colaboración que no se produjo nunca. El testimonio de los viejos socialistas que aún viven en Novés no deja lugar a dudas. Por otra parte, existió siempre en el PSOE una infraestructura para organizar mítines y actos electorales que el autor, siendo como dice militante ugetista, no debía haber olvidado. Es dudoso que Barea viviese en Novés, pero sin duda conoció este pueblo lo suficiente como para hacer una descripción casi fidedigna y haber retratado a alguno de sus habitantes. Dada la proximidad en que se encuentra este lugar, con Métrida, Navalcarnero y Brunete, pueblos éstos en que vivían sus familiares y en los que Barea pasó algunas temporadas, no es nada extraño que lo hubiera visitado alguna vez. Nos quedará siempre un interrogante: ¿Por qué eligió este pueblo y no otro que se hubiera parecido más a la situación que trataba de reflejar? ¿Por qué no dejó sin nombre al pueblo?

Porque en verdad, aunque no pasó en Novés, el texto de Barea puede seguir siendo válido como testimonio de situaciones que total o parcialmente se han repetido en muchos pueblos de España, y el partidismo del autor queda contestado con la presencia de lo verosímil que viene a ser la expresión literaria de lo real.

Corrijamos finalmente algunos errores que comete Jackson en la reseña inicial con que presenta a Arturo Barea; son los errores que devienen siempre que se toma el libro por estricta autobiografía. Barea no compró una casa en Novés (esto ni siquiera lo justifica la lectura del libro, donde sólo se dice que la al-

quiló), ni siquiera convivió con los habitantes de allí. Respecto a que llegó a ser economista y especialista en patentes, Barea debió aprender mucho de la vida pero no disfrutó de ninguna titulación académica con la que pudiera sobresalir en ella. Tuvo que interrumpir sus estudios de bachiller apenas comenzados

para ponerse a trabajar; en su trabajo estuvo bien considerado pero no llegó siquiera a estar colegiado. Ha corrido demasiado Jackson al escribir esta nota, pues no se pueden cometer más errores en tan pocas líneas.

<sup>1</sup> Ed. Crítica. Barcelona, 1980.

